

Si algo puede afirmarse en relación con el tono de los ensayos que conforman el presente volumen, es el esfuerzo de sus autores por exponer, sin demasiados melindres académicos, y no obstante obsesivos por los rigores inherentes a su oficio, el resultado de sus investigaciones en áreas tan disímiles como complementarias. En este sentido, estos trabajos no sólo acentúan el interés de la crítica contemporánea por abordar los procesos culturales de espaldas a las engorrosas fronteras de antaño, sino que destacan por su original perspectiva en el tratamiento de los temas y por su ironía y desparpajo en la evaluación de la trama que se articula alrededor de las letras y la cultura latinoamericana actual.

Este volumen es también el resultado de un esfuerzo sostenido por el Consejo Directivo del Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” durante los días 1 y 3 de diciembre del 2004, en el marco del *IV Encuentro de Investigadores de la Literatura Venezolana y Latinoamericana* “Cuerpos, Lenguajes y Configuraciones”. “Homenaje a José ‘Pepe’ Barroeta”. El mismo, reúne las *IV Memorias* editadas de un evento que, desde su primera edición, en 1997, ha sabido convertirse en un espacio de diálogo y confrontación de ideas tanto para los investigadores que conforman la planta docente del Instituto, como para aquellos colegas que desde otras latitudes se ocupan de problemas académicos similares.

Los artículos que conforman el presente volumen fueron solicitados a sus autores por el Comité Organizador de este *IV Encuentro* y, en este sentido, responden al urgente interés de ofrecer un panorama de las letras, el arte y la cultura desde una perspectiva desenfadada, cuando no corrosiva, acerca de los problemas que atañen a la cultura local e interna-

cional. Así, hemos articulado este texto alrededor de cinco ejes temáticos. El primero, titulado **Discursos Contemporáneos**, se inicia con el análisis que Lilibeth Zambrano hace a la obra de Augusto Roa Bastos; a Zambrano le interesa determinar de qué manera se emplea el artificio del monólogo y del soliloquio en la obra del autor paraguayo, cómo estas manifestaciones exponen una verdad encubierta por las “capas interiores” del sujeto que enuncia, pero, sobre todo, le interesa el diálogo entre Roa Bastos y otros autores menos conocidos de la literatura paraguaya y de qué modo se configuran las visiones del exterior en el interior de sus sujetos enunciativos. Le sigue Grégory Zambrano, quien analiza la poesía del poeta José “Pepe” Barroeta, distinguido homenajeado de este evento, para ubicarla en el centro de una generación que, sin lugar a dudas, transformó la faz de las letras y la cultura nacional, a través de las voces del arte y la literatura forjadas en los movimientos literarios de los años sesenta. El cierre de esta primera parte lo ocupa la aguda disección que Pedro Alzuru hace de la moral postmoderna, en la que el trabajo y el progreso, imperativos categóricos de la modernidad, parecen saturados y empiezan a ser sustituidos por otros (ocio, fiesta, juego, consumo, erotismo y hedonismo), no necesariamente nuevos, muchas veces arcaicos, pero que forman igualmente parte de las estructuras antropológicas, y del inconsciente colectivo y, sobre todo, de un nuevo espíritu del tiempo.

La segunda parte, denominada **Literatura del Caribe**, se ocupa de las proyecciones alcanzadas por la literatura producida en los países de esta área geográfica. Las relaciones que se entretujan entre música y literatura serán abordadas por Enrique Plata, a través del análisis del *corpus* discursivo producido en el Caribe hispánico entre 1963 y 2003; en este espacio geográfico se inserta, como recurso ficcional, un discurso múltiple, paradójico y paródico, pleno de distintos enunciados que configuran un código de lo popular; en cuanto hecho de reflexión acerca de las culturas caribeña y latinoamericana. Por su parte, Bettina Pacheco se ocupa del texto autobiográfico mediante el análisis de *Sonríe, por favor* de Jean Rhys. Desde las páginas de esta “autobiografía inconclusa”, Pacheco despejará lo que considera una constante de la autobiografía femenina: la estructura discontinua, digresiva y fragmentada. El cierre de esta segunda parte estará en manos de Arnaldo Valero, quien en agudo análisis, ofrece una panorámica del nacimiento de la poesía Dub; según Valero, esta forma discursiva

de origen jamaicano amerita ser considerada como el signo de la emergencia de una comunidad, cuyo espíritu revisionista reconstruye las condiciones políticas del presente, al proyectar la imagen de un escenario social donde está abierta la posibilidad de acceder o preservar la diferencia, sin que eso suponga la reafirmación implícita del dogma occidental de la universalidad.

No podía faltar en esta reflexión sobre las letras y la cultura contemporáneas un apartado dedicado a los alcances y usos del cuerpo en tanto espacio de elaboración discursiva, cuya simbología sólo puede ser juzgada a la luz de los temores y anhelos de su época. Tal es el caso del apartado **Lenguajes del Cuerpo** que inicia Laura Cuevas quien, en apretada síntesis, analiza el lenguaje del cuerpo masculino y su condición de subsidiario de la pulsión erótica en la narrativa de Salvador Garmendia. Por su parte, quien suscribe analiza la presencia de dos correlatos del cuerpo en la narrativa venezolana de entre siglos: la figura del chismoso (su oralidad y antropofagia) y la condición del chisme como elemento regulador de las jerarquías ciudadanas en el seno de comunidades cuyos miembros permanecen bajo la mirada inquisidora del otro. La lúcida reflexión de Eleonora Cróquer será la encargada de cerrar este apartado. Así, emprende el análisis de la paradójica instalación del cuerpo femenino, como auto representación icono-textual de cierto Ideal, adoptado por algunas escritoras que se abren al espacio público de la producción literaria, en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX latinoamericano.

El cuarto eje temático de este volumen atiende aspectos relacionados con la literatura y su relación con las artes plásticas, en razón de ello ha sido distinguido con el título: **Diversos contextos y discursos literarios**. Respaldada por un sólido aparato teórico, Maén Puerta de Pérez indaga acerca de los modos de recepción de la lectura infantil, tomando a la literatura y a las expresiones gráfico-plásticas como categorías de la recepción estética. De la misma envergadura resulta el abordaje de Juan Molina, quien partiendo de una reflexión sobre cómo leer las relaciones entre arte y literatura, traza la situación de un escritor (Borges) que al hacer un relato *La casa de Asterión* se nutre de la obra de un pintor inglés (Watts), para demostrar que la relación entre ambos artistas no opera como una simple transposición o incorporación de la pintura al relato, sino como una actualización del mito del minotauro desde la lectura. La ca-

racterización del relato policial en la vanguardia narrativa latinoamericana es el tema que ocupa a Álvaro Égar Contreras, quien parte de la certeza de que el enigma policial admite una construcción social, señalando una experiencia de límites y preguntas continuas sobre el saber en tanto verdad, aunque también sobre la solvencia narrativa y ordenadora del sujeto legal.

El quinto y último apartado de este libro, **Pensar lo nacional**, se ocupa de una temática ineludible. Lo inicia Vicente Lecuna con una esclarecedora intervención acerca de los alcances y proyecciones de la cultura de masas en Venezuela. De espaldas a las interpretaciones de antaño, que inscriben a la cultura de masas como un fenómeno más de la alineación, y partiendo de la propuesta de Jesús Martín Barbero que insiste en presentar a la cultura de masas como un apéndice de la cultura popular, Lecuna analiza las premisas de esta forma cultural en la Venezuela contemporánea a partir de su lectura del libro *Bulla y Buchiplumeo* (Rivas, 2002), dedicado al tema. Por su parte, Miguel Ángel Campos se ocupará, con corrosiva saña, de deshojar al menos dos novelas venezolanas, ligeramente leídas en su tiempo o desechadas por su capacidad de poner en aprietos la imagen de lo nacional; tal es el caso de *Todo un Pueblo* (1899) de Miguel Eduardo Pardo y *El señor Rasvel* (1934), de Miguel Toro Ramírez. Desde su perspectiva, ambas ofrecen momentos estelares de la comprensión de unas pulsiones y de la fijación de un carácter nacional en el que los elementos pintorescos han sido filtrados y el condicionamiento cultural es visto desde su acción más estable, esto es, desde las carencias de una comunidad identitaria y desde la argumentación de esta falta como fuente de la infelicidad de sus contemporáneos. Finaliza este apartado Luis Ricardo Dávila, quien nos ofrece el análisis de tres rasgos históricos que, en Venezuela, resultan íntimamente vinculados entre sí: el atavismo monárquico que se reproduce en la república y en sus prácticas, el itinerario de la palabra revolución que acompaña a cierta forma de hacer política y el papel de las armas y de la palabra para reproducir y justificar el orden republicano. Partiendo de la certeza de que éstos son los elementos que definen, interpretan y justifican a la comunidad, Dávila analizará una historia que condiciona actitudes, imágenes y conductas.

Se ha concedido un lugar especial a los trabajos de Margoth Carrillo y Ramón Ordaz en homenaje a la producción poética de José “Pepe” Barroeta, ellos figuran junto a la esclarecedora entrevista que el poeta Pepe concediera a Ramón Ordaz, a inicios de los años noventa del pasado siglo. El conjunto logra ubicar a Pepe como un verdadero hacedor de sueños y a su poesía como única vía de escape para desaguar el hervidero de las pasiones humanas.

Por fuera queda una parte importante de este evento que no quisiera dejar de mencionar; me refiero a la inenarrable informalidad de algunos y al humor, la pasión y la aguda participación de todos en la discusión de las ponencias. Pienso, sobre todo, en eso que al inicio señalé como ironía y desparpajo y que suele carecer de derecho de ciudadanía en los círculos académicos pues se piensa que más vale optar por la momificación del saber, y por el aburrimiento que le es concomitante, que por una crítica de altura, aunque de espaldas a la solemne y sempiterna seriedad. De allí que muchos congresos, que no éste, sean zonas de diálogo entre sordos, males necesarios u obligación académica a la que se acude como quien hace un mandado. Razón tenía Cortázar al afirmar que nada resulta ser más cómico que la seriedad entendida como valor previo a toda literatura importante.

Carmen Díaz Orozco

Mérida, abril de 2005